

VI.

Pecho curado y corazon herido.

Una cortadura se cura pronto. En otro sitio habia otra persona herida de más gravedad que Cimourdain, y era la mujer fusilada que recogió el mendigo Tellmarch en el charco de sangre de la granja de Herbe-en-Pail.

La herida de Micaela Flechard era más peligrosa de lo que al principio creyó Tellmarch; al agujero que tenia encima del seno correspondia otro agujero en el homoplato; al mismo tiempo que una bala le rompió la clavícula, otra le habia atravesado el hombro; pero como la herida no interesó el pulmon, pudo curarse. Tellmarch era "un filósofo," que entre los campesinos significa tener algo de médico, de cirujano y de brujo. Cuidó á Micaela en su caverna y en su cama de yerbas, propinándola esos medicamentos que se llaman "simples," y gracias á sus cuidados vivió. La clavícula se cerró, las heridas del pecho y del hombro se cerraron, y al cabo de algunas semanas la herida entró en convalecencia.

Llegó un dia en que ya pudo salir de la cueva con la ayuda de Tellmarch, y fué á sentarse al sol al pié de un árbol. El mendigo nada sabia respecto á la mujer fusilada; las heridas del pecho requieren mucho silencio, y durante la semiagonía que precedió á la curacion, apenas habia la enferma pronunciado algunas palabras. Tellmarch no la dejaba hablar, pero conoció que se concentraba en su pensamiento fijo y tenaz, y observaba en sus miradas sombrías ida y venida de ideas dolorosas. Aquella mañana Micaela se encontraba fuerte y casi podia andar sola. Al verla curada, Tellmarch la contemplaba con satisfaccion. El pobre viejo se sonreia, diciéndola:

—Muy bien; ya estais de pié, ya están cerradas las heridas.

—Pero no las del corazon, contestó Micaela.

Y añadió:

—Entonces no sabeis dónde están?

—De quién hablais?

—De mis hijos.

Aquel "entonces," expresaba todo un mundo de pensamientos; significaba: "Pues no me hablais de ellos, pues estais á mi lado tantos dias sin decirme nada de mis hijos y me obligais á callar cada

vez que rompo el silencio, es que nada teneis que decirme."

Continuamente, mientras le duraba el delirio de la fiebre, llamaba á sus hijos, y vió con claridad, pues hasta durante el delirio hacia ciertas observaciones, á las que el anciano no contestaba.

Era efectivamente porque Tellmarch no sabia qué decirle. No es tan fácil hablar á una madre de sus hijos perdidos, y además ignoraba lo que les habia sucedido á éstos; solo sabia que la habian dejado en la granja creyéndola cadáver, que tenia tres hijos y que el marqués de Lantenac se los habia llevado. Le habian dicho tambien que eran dos niños y una niña apenas destetada, pero nada más. Hacia mil preguntas respecto á ellos, pero los habitantes del pais que interrogaba le contestaban moviendo la cabeza con aire compasivo y no les gustaba ocuparse del marqués de Lantenac.

Nadie en el pais hablaba de buen grado de dicho marqués y nadie tampoco queria hablar con Tellmarch. Los campesinos tienen un género de sospecha que les es peculiar. No querian á Tellmarch porque era un hombre de quien no se fiaban. ¿Por qué aquel mendigo estaba siempre mirando al cielo? ¿Qué hacia y qué pensaba durante sus largas horas de inmovilidad? Era extraña para ellos su clase de vida.

En aquel pais en el que ardía la guerra; que estaba en plena conflagracion, en plena combustion; en donde no se ocupaban de más asunto que del de la devastacion, ni de más trabajo que el de la matanza; donde parecian haber apostado todos á quién incendiaría más casas, degollaría más familias, mataría más centinelas y saquearía más pueblos; aquel mendigo solitario, absorto en la contemplacion de la naturaleza, como sumergido en la paz inmensa de las cosas, recogiendo yerbas y plantas, cuidándose solo de flores, de pájaros y de estrellas, no podia menos de ser peligroso. No tenia completa su razon, porque ni se ocultaba detrás de las matas ni disparaba un fusil contra nadie. Por eso le veian con cierto temor.

—Ese hombre está loco, decian los que pasaban por su lado.

Tellmarch, más que un hombre solitario, era un hombre cuya compañía evitaban. No le preguntaban y muchas veces ni le respondian. No podia por consiguiente adquirir los informes que deseaba. La guerra se habia extendido por otras partes, se habian ido á pelear

más lejos. Lantenac habia desaparecido del horizonte, y en la disposicion de ánimo de Tellmarch, para que advirtiese que habia guerra era necesario que ésta se entablara ante sus ojos.

Al oír la frase *mis hijos*, Tellmarch cesó de sonreír y la madre quedó pensativa: ¿qué pasaba en el interior de su alma? Estaba como en el fondo de un abismo. De pronto miró al mendigo y le dijo otra vez con acento casi colérico:

—Mis hijos!

Tellmarch bajó la cabeza como un criminal.

Pensaba en el marqués de Lantenac, de quien se acordaba, y él en cambio no sabia que existiese el mendigo, y se explicaba esto diciéndose á sí mismo: "El señor, cuando está en peligro, conoce al pobre, pero cuando sale de él le desconoce." Y Tellmarch seguía preguntando: "Entonces, ¿por qué salvé yo á ese señor?" Y se respondia: "Porque es hombre." Despues reflexionó un momento y repitió su amarga frase:—¿Si yo lo hubiera sabido!...

Este acontecimiento le abrumaba, porque en lo que hizo veia una especie de enigma. Meditaba dolorosamente. Una buena accion puede resultar un acto culpable: el que salva al lobo causa la muerte de las ovejas; el que cura las alas del buitres es responsable del mal que causen sus garras. Sentíase culpado y creia que era justa la cólera inconsciente de la madre, y sin embargo, volver á la vida á la madre le consolaba de haber salvado al marqués.

Pero y los niños?

La madre estaba pensando en ellos y los dos pensamientos marchaban á la par y á veces se encontraban, sin decirselo el uno al otro, en la oscuridad de la meditacion. La madre, fijando la mirada tenebrosa en el mendigo, le dijo:

—Sin embargo, esto no puede quedar así.

—Chist! exclamó Tellmarch, poniéndola el dedo en la boca.

—Hicisteis mal en salvarme y no os lo agradezco. Prefiriera haber muerto, que así estoy segura de que les veria; sabria dónde están; ellos no me verian, pero yo estaria á su lado. Muerta, podria protegerlos.

Tellmarch la pulsó.

—Calmaos, dijo; os vá á retentar la calentura.

—Cuándo podré marcharme de aqui? preguntó la madre con aspereza.

—Marcharos?

—Sí, marcharme.

—Nunca, si os exaltais de ese modo; mañana, si teneis juicio.

—A qué llamais tener juicio?

—A tener confianza en Dios.

—¿Dónde se ha llevado Dios á mis hijos?

Parecia que se le extraviaba la razon. Suavizando despues la voz, repuso:

—Comprendereis que no puedo permanecer aquí de este modo. No habeis tenido hijos y yo sí, y no podeis comprender la diferencia que nos separa. No se puede juzgar de una cosa cuando no se sabe lo que es. ¿No es verdad que no habeis tenido hijos?

—No, respondió Tellmarch.

—Pues yo he tenido tres y quisiera que me explicasen por qué no están ahora conmigo. Aquí pasa algo que yo no alcanzo á comprender. Mataron á mi marido, me fusilaron; por qué?

—Vamos, contestó Tellmarch, volveis á tener calentura. No hableis.

Ella le miró y guardó silencio; desde aquel dia ya no habló.

Obedeció al mendigo escrupulosamente. Micaela pasaba horas enteras acurrucada debajo del árbol. Pensaba y callaba. El silencio es una especie de refugio para las almas sencillas que están sumergidas en la profundidad siniestra del dolor. Parecia que renunciaba á comprender su situacion. Cuando la desesperacion llega á cierto grado, es ininteligible para el desesperado.

Tellmarch la examinaba conmovido. Ante aquel sufrimiento, el anciano tenia pensamientos de mujer.

—Sus labios no articulan palabras, se decia á sí mismo, pero sus ojos hablan y dan á entender que la absorbe una idea fija; la de no poderse resignar al dolor de perder á sus hijos. Verdaderamente debe ser delicioso sentir que una boca sonrosada os vá sacando el alma del interior del cuerpo, y que con vuestra vida vá constituyendo la suya.

El mendigo tambien callaba, comprendiendo la impotencia de las palabras para aliviar aquel dolor profundo. Es terrible el silencio de una idea fija, y ¿cómo hacer oír la voz de la razon á la idea fija de una madre? La maternidad no admite excusas; no se puede discutir con ella. Lo que dá sublimidad á la madre, es tener algo de irracional: la madre no es mujer, es hembra. Los hijos son sus cachorros. Por eso en la madre hay algo inferior y algo superior á la razon. La madre posee delicado instinto, la inmensa y tenebrosa

voluntad de la creacion reside en ella é impulsa sus acciones; su ceguera está llena de perspicacia.

Un dia la dijo Tellmarch:

—Desgraciadamente soy viejo y apenas puedo andar; al cabo de un cuarto de hora se agotan mis fuerzas; si pudiera os acompañaria, aunque quizás os seria más útil que beneficiosa mi compañía, porque aunque aquí me toleran, soy sospechoso á los azules por ser campesino, y á los campesinos porque me tienen por hechicero.

El mendigo esperó á que Micaela le contestase, pero ella ni abrió los labios ni levantó la mirada.

Las ideas fijas terminan en la locura ó en el heroismo; pero, ¿de qué heroismo puede ser capaz una pobre campesina? De ninguno: puede ser madre, pero nada más. Cada dia estaba más ensimismada en su pensamiento. Tellmarch la observaba. Trató de proporcionarla ocupacion, y con este objeto la trajo hilo, agujas y dedal, y ella con gran alegría se dedicó á coser. Remendó sus camisas, su ropa y sus zapatos, pero sus ojos continuaban vidriosos y, sin dejar de coser, cantaba á media voz canciones ininteligibles; murmuraba nombres, probablemente los de sus niños, que Tellmarch no podia oír bien; se interrumpia para escuchar el canto de los pájaros, como si éstos pudieran proporcionarla noticias. Se fijaba en el tiempo, movia los labios y hablaba en voz baja. Por fin hizo un saco, lo llenó de castañas, y vió un dia Tellmarch que se ponía en marcha con la vista fija en la profundidad de la selva.

—¿Dónde vais? la preguntó.

—Voy á buscarlos, le contestó Micaela. Tellmarch no la detuvo.

VII.

Los dos polos de la verdad.

Después de algunas semanas transcurridas en las vicisitudes de la guerra civil, solo se ocupaban en el territorio de Fougères de dos hombres, uno opuesto al otro, y que, sin embargo, se consagraban al mismo objeto; es decir, que peleaban uno al lado del otro en el gran combate revolucionario.

Continuaba el salvaje duelo vendeano; pero la Vendée perdía terreno, sobre todo en el departamento de Ille-et-Vilaine, por los esfuerzos del comandante que en Dol con tanta oportunidad contestó á

la audacia de los seis mil realistas con la temeridad de mil quinientos republicanos: la insurreccion estaba, pues, allí, si no extinguida, muy mermada y circunscrita. Al descalabro de Dol sucedieron otros, y estos multiplicados triunfos crearon una nueva situacion, pero sobrevino una complicacion singular.

En dicha parte de la Vendée indudablemente triunfaba la República, pero ¿qué República? En el triunfo que se vislumbraba, dos formas de República se disputaban la preferencia, la República del terror y la República de la clemencia, la que queria vencer aterrando y la que trataba de vencer por medio de la benignidad. Cuál de las dos prevaleceria? Estas dos formas, la conciliadora y la implacable, las representaban dos hombres que tenían influencia y autoridad especial, un jefe militar y un delegado civil. El delegado contaba con firmes puntos de apoyo y llegó al campamento con la amenazadora consigna que el Municipio de París dió á los batallones de Santerre: *No hay perdon ni cuartel*. Para someterlo todo á su autoridad contaba con el decreto de la Convencion, que imponía la pena de muerte al que diera libertad ó protegiese la evasion de un jefe rebelde prisionero, y además tenía plenos poderes del Comité de Salvacion pública y una credencial firmada por *Robespierre, Danton y Marat*. El otro, el jefe militar, solo tenía en su favor una fuerza; la misericordia; solo podia contar con su brazo, que derrotaba á los enemigos, y con su corazón, que los perdonaba. Al vencer se creía con el derecho de indultar.

De esto provino un conflicto latente, pero profundo, entre aquellos dos hombres, que vivían en atmósferas distintas, que combatían ambos la insurreccion, pero cada uno con armas diferentes, el uno con la victoria y el otro con el terror.

En todo el Bocage se ocupaban de ellos y aumentaba la ansiedad del país ver que aquellos dos hombres, tan absolutamente opuestos, estaban al mismo tiempo estrechamente unidos. Los dos antagonistas eran amigos íntimos; ligaba sus corazones intensa y profunda simpatía, de tal modo, que el hombre feroz salvó la vida al compasivo, exponiendo la suya, como lo probaba el salazo que recibió en la cara. Aquellos dos hombres encarnaban la muerte y la vida; el uno representaba el principio terrible, el otro el principio pacífico, y esto no obstante, se querían entrañable-

mente. Figuraos que eran Orestes misericordioso y Pilades clemente. Figuraos que Arimanes es hermano de Oromazes.

Añádase á esto que el que llamaban "cruel," era al mismo tiempo el más caritativo de los hombres: curaba á los heridos, cuidaba de los enfermos, pasaba los dias y las noches en las ambulancias y en los hospitales, se compadecía de los niños descalzos y todo lo suyo lo daba á los pobres. Cuando se batían iba á las acciones á la cabeza de las columnas, acudiendo siempre á la parte más empuñada del combate, con el sable y dos pistolas, pero en realidad desarmado, porque nadie le veía usar ni el uno ni las otras. Arrostraba los tiros, pero no los devolvía. Decían que había sido sacerdote.

La amistad unía á Gauvain y á Cimourdain; pero el odio que se profesaban los dos principios constituía como un alma cortada en dos y partida; Gauvain recibió en efecto la mitad del alma de Cimourdain, pero la mitad tierna. Parecía que Gauvain recibió la parte blanca y que retuvo para sí Cimourdain la parte negra, y de esto provenía el desacorde íntimo; guerra sorda, que al fin tenía que estallar. En efecto, una mañana empezó. Cimourdain preguntó á Gauvain:

—¿Qué novedades hay?

—Las sabeis tan bien como yo. Dispersé las partidas de Lantenac, dejándole reducido á escaso número de hombres: tuvo que encerrarse en el bosque de Fougères, y dentro de ocho dias se encontrará allí cercado.

—Y dentro de quince?

—Prisionero.

—Y después?

—Habeis leído el cartel que he fijado?

—Sí; y qué?

—Que será fusilado.

—Otro rasgo de clemencia; es preciso guillotinarle.

—Estoy por la muerte militar, contestó Gauvain.

—Y yo, replicó Cimourdain, por la muerte revolucionaria.

Miró con fijeza á Gauvain y le preguntó:

—¿Por qué mandaste poner en libertad á las monjas del convento de San Marcos?

—Porque no hago la guerra á las mujeres.

—Esas mujeres aborrecen al pueblo, y el odio de una mujer equivale al de diez hombres. ¿Por qué te negaste á enviar al tribunal revolucionario aquellos clér-

igos viejos y fanáticos cogidos en Louvigné?

—Porque tampoco hago la guerra á los viejos.

—El clérigo viejo es peor que el joven. La rebelion es más peligrosa cuando la predicán cabellos blancos; las arrugas inspiran fé. No tengamos perjudicial clemencia, Gauvain; los regicidas son los libertadores; no pierdas de vista la torre del Temple.

—La torre del Temple! Sacaría de ella al delfin, porque yo tampoco hago la guerra á los niños.

Cimourdain, con faz severa, dijo:

—Pues es menester que sepas que es necesario hacer la guerra á la mujer cuando se llama María Antonieta, al viejo cuando se llama Pio VI y al niño cuando se llama Luis Capeto.

—Yo no soy hombre político.

—Pues trata de no ser hombre peligroso. En el ataque del atrincheramiento de Cossé, cuando el rebelde Juan Treton, acorralado y perdido, se lanzó solo sable en mano contra toda la columna, ¿por qué gritaste diciendo: *Abrid las filas, dejadle pasar?*

—Porque no se deben reunir mil quinientos hombres para matar á uno.

—En la Cailleterie d' Astillé, cuando viste que tus soldados iban á rematar al vendeano José Bezier, que estaba herido, arrastrándose por tierra, ¿por qué gritaste: *Seguid adelante; este es asunto mio!* para luego descargar en el aire tu pistola?

—Porque no se debe matar á un hombre moribundo.

—Pues hiciste mal: esos dos hombres son hoy jefes de partidas; José Bezier es el apodado "Bigote," y Juan Treton es el que llaman "Pierna de plata." Salvando á esos hombres has proporcionado dos enemigos á la República.

—Mi intencion no era esa, pues en vez de enemigos deseo darle amigos.

—¿Por qué después de la victoria de Landeau no mandaste fusilar á los trescientos campesinos que hicisteis prisioneros?

—Porque Bonchamp perdonó la vida á los prisioneros republicanos, y yo quise que se dijera que también la República perdonaba á los prisioneros realistas.

—¿Entonces perdonarás á Lantenac si cae en tu poder?

—No.

—¿Pues por qué perdonaste á los trescientos campesinos?

—Los campesinos son ignorantes y Lantenac sabe lo que se hace.

—Pero Lantenac es pariente tuyo.

—Pero es más pariente la Francia.

—Lantenac es un anciano.

—Lantenac es extranjero y no tiene edad; Lantenac quiere entregarnos á los ingleses; Lantenac significa la invasion; Lantenac es el enemigo de la patria; la lucha entre los dos solo puede terminar con su muerte ó con la mia.

—Gauvain, no olvides esas palabras.

—Están dichas.

Hubo una pausa. Los dos se miraron. Gauvain exclamó:

—¡Será fecha sangrienta en la historia la del año 93 en que nos encontramos!

—Guárdate bien de acriminarla! dijo Cimourdain. Hay que cumplir terribles deberes y acusar al que no es culpable. ¿Por ventura el médico es responsable de la aparicion de las enfermedades? Ciertamente lo que caracteriza á este año enorme es la crueldad, pero ¿por qué? Porque es el gran año revolucionario, el año que encarna la revolucion. El enemigo de ésta es la sociedad antigua, como el cirujano tiene el enemigo de la gangrena; pues bien, la revolucion es desapiadada como el mundo antiguo, y como el cirujano es implacable con la carne gangrenada. La revolucion extirpa la monarquía en el rey, la aristocracia en el noble, el despotismo en el soldado, la supersticion en el clérigo, la barbarie en el juez, en una palabra, la tiranía completa en todo lo que es tirano. La operacion es espantosa, pero la revolucion la practica con mano segura. En cuanto á la cantidad de carne sana que sacrifica, pregúntale á Boerhaave su opinion. ¿Qué tumor puede cortarse sin que produzca pérdida de sangre? ¿Qué incendio se extingue sin que el fuego saque su parte? Esas necesidades terribles constituyen la condicion misma del buen éxito. El cirujano se asemeja al carnicero; el médico, que cura, puede aparecer verdugo. La revolucion se consagra á su obra fatal. Mutila, pero salva. ¿Quereis que perdone el virus y que sea clemente con lo que es venenoso? Pues no os hará caso; se apoderó de lo pasado y acabará con él. Hace á la civilizacion incision profunda, de la que saldrá la salud del género humano. Padece entre tanto, no lo dudo; ¿pero cuánto durará el padecimiento? El tiempo que tarde en verificarse la operacion; despues vivirá: la revolucion amputa la sociedad, y de esto proviene la hemorragia que se llama 1793.

—El cirujano está tranquilo y sereno

y los hombres revolucionarios son violentos, replicó Gauvain.

—La revolucion, contestó Cimourdain, busca para que la ayuden obreros feroces; rechaza las manos que tiemblan y solo tiene fé en los inexorables. Danton personifica lo terrible, Robespierre lo inflexible, Saint-Just lo irreducible y Marat lo implacable. Esos hombres son necesarios; cada uno de sus nombres vale para nosotros tanto como un ejército; causarán el terror de Europa.

—Quizás tambien el del porvenir, añadió Gauvain; despues dijo:

—Creo, sin embargo, que estais en un error. Para mí el verdadero punto de vista de la revolucion es la irresponsabilidad. Nadie es inocente, pero nadie tiene la culpa. Luis XVI es un cordero arrojado á los leones. Quiere huir, quiere salvarse, trata de defenderse, morderia si pudiera, pero para ser leon no basta el desearlo. Su veleidad pasa por crimen. Cuando el cordero irritado enseña los dientes, ¡Traidor! exclaman los leones y se lo comen. Despues se destrozan ellos mutuamente.

—El cordero es un bestia.

—Y qué son los leones?

Esta réplica hizo pensar á Cimourdain. Levantó la cabeza y dijo:

—Esos leones son conciencias; esos leones son ideas; esos leones son principios.

—Esos leones solo producen terror.

—Llegará un dia en el que justifique la revolucion el terror.

—O el terror será la calumnia de la revolucion. Libertad, igualdad y fraternidad son dogmas de paz y de armonía; por qué darles aspecto espantoso? ¿Qué pretendemos? ¿Conquistar la voluntad de los pueblos en favor de la República universal? Pues no debemos infundirles miedo. De qué sirve la intimidacion? Los pueblos, como los pájaros, huyen de los espantajos; no se debe obrar mal para producir el bien. No se debe derribar el trono para dejar en pié el cadalso; que mueran los reyes, pero que vivan las naciones; echemos abajo las coronas, pero dejemos en su sitio la cabeza. La revolucion debe ser la concordia y no el terror. Las ideas generosas están mal servidas por hombres inclementes. La palabra amnistia es para mí la más hermosa de la lengua humana; no quiero verter sangre más que arriesgando la mia. Despues de todo, solo soy un soldado y no sé más que combatir; pero si no se puede perdonar, no vale la pena de

vencer. Seamos durante la batalla enemigos de nuestros enemigos, pero despues de la victoria seamos sus hermanos.

—Reflexiona lo que piensas, exclamó Cimourdain; eres para mí tanto como un hijo, pero... en estos tiempos la misericordia puede ser una de las formas de la traicion.

Al oír hablar á aquellos dos hombres, parecia oírse el diálogo entre la espada y el hacha.

VIII.

Dolorosa.

Entre tanto la madre seguia buscando á sus hijos. Caminaba dia y noche mendigando, comiendo yerbas, durmiendo en el suelo, al aire libre, entre las matas, á la luz de las estrellas, y á veces sufriendo el viento y la lluvia.

Vagaba de aldea en aldea, de granja en granja, preguntando por sus hijos. Parábase al umbral de las puertas; como iba destrozada, unas veces la recibian, otras no. Cuando no podia entrar en las casas se refugiaba en los bosques.

No conocia del pais más que los alrededores de Siscoignard y la parroquia de Azé, y como carecia de itinerario, desandaba unas veces lo andado y otras recorria un camino inútil. Ya seguia la parte empedrada de la calzada, ya se guiaba por los surcos de las ruedas, ya entraba por los senderos de los bosques. Sus correrias no solo habian gastado sus miserables ropas, sino tambien sus zapatos, y andaba descalza, con los piés ensangrentados.

Atravesaba los sitios en donde ardía la guerra; atravesaba por medio de los tiros de fusil sin oír nada, sin ver nada, sin tratar de evitar nada, buscando á sus hijos.

Como todo estaba en revolucion, ni encontró gendarmes ni maires á quienes interrogar; no podia dirigirse más que á los transeúntes que iba encontrando.

Les hablaba y les preguntaba:

—Habeis visto por ahí tres niños?

Los pasajeros se quedaban mirándola.

—Dos niños y una niña, decia. Se llaman Renato, Alan y Georgina. ¿No los habeis visto?

Y proseguia:

—El mayor tiene cuatro años y medio, y la niña veinte meses. ¿Sabeis dónde están? Me los han quitado.

Los pasajeros la miraban y no la respondian, pero ella insistia, diciendo:

—Es que son míos, son mis hijos!

Los pasajeros continuaban su camino. Entonces ella se paraba y se rasgaba el pecho con las uñas.

Un dia un campesino se paró al oírlo: el buen hombre se puso á reflexionar.

—Esperad, la dijo; tres niños?

—Sí.

—Dos varones?

—Y una niña.

—Son los que buscais?

—Sí.

—Pues he oído hablar de un señor que llevaba consigo tres niños.

—Dónde está ese hombre? gritó Micaela; dónde están los niños?

—Id á la Tourgne, le contestó el campesino.

—Encontraré allí á mis hijos?

—Creo que sí.

—Y decís que vaya á la...

—A la Tourgne.

—Y qué es la Tourgne?

—Una torre.

—Es aldea, castillo, granja?...

—No he estado nunca allí.

—Está lejos?

—Bastante.

—Hacia qué parte?

—Hacia Fougères.

—Por dónde se vá?

—Cuando esteis en Vantorles, dijo el campesino, dejais á la izquierda á Ernée y á la derecha á Coxelles, pasais por Lorchamp y atravesais el Leroux.

El campesino, extendiendo la mano hacia el Occidente, añadió:

—Vais todo derecho caminando siempre hacia el sitio donde se pone el sol.

Antes que el campesino bajase el brazo, Micaela estaba en marcha. El campesino la gritó:

—Id con cuidado, que están batiéndose por allá.

Micaela no se volvió para contestarle y tomó el camino que le indicó el campesino.

IX.

Una Bastilla de provincias.

I.

La Tourgne.

El viajero que hace cuarenta años entrara en el bosque de Fougères por la parte de Laignelet y saliese por la parte de Parigné, tenia un encuentro